

Entre tanto dirigieron una carta al monarca, cuyas formas se anunciaban muy respetuosas, pero en realidad mas franca que ninguna de las que solia recibir; y otra a la nacion británica, manifestándole cómo su libertad se hallaba amagada en la de sus hermanos del otro hemisferio.

El entusiasmo, que despertaron entre los anglo-americanos los actos del congreso de Filadelfia, fué inmenso; el amor de fraternidad, que estrechó con sus lazos á los oprimidos, fué incalculable; lo que acerca del particular se habló en Europa fué de gran trascendencia; y los monarcas para escitar un sentimiento de ira contra Inglaterra y deshonrarla, no se opusieron á que todas las gacetas diesen publicidad á aquella declaracion de derechos, que hacian referencia al Esta-

do, no ocurriéndoseles á la mente el influjo peligroso que debian ejercer, exaltando la imaginacion de los pueblos.

El monarca inglés y el parlamento que se mostraba sometido á sus voluntades, no dejaron en esta circunstancia de manifestar terquedad, y teniendo demasiada confianza en sus fuerzas, desecharon las reclamaciones de los americanos. El ministro lord North, que era tan débil como violento, juzgando deshonor otorgar concesiones, hizo de modo que se prohibiera todo comercio con las trece provincias; que se tuviera por buena presa todo buque americano ó lo perteneciente á él, y para entusiasmar al pueblo, mandó que se hiciesen rogativas solemnes, y se observasen ayunos por el triunfo de las armas inglesas. Fué entonces cuando Burke dijo:

“A qué llamarnos á las gradas de los altares con la guerra y la hiel de la venganza en el corazon? El Redentor nos dijo: *ta paz sea con vosotros*; pero nosotros celebramos con tanta publicidad este ayuno, mientras que abrigamos en el corazon, y tenemos en los labios las palabras *guerra, guerra*” contra nuestros hermanos. Mientras que nuestras iglesias estén profanadas con este abominable oficio, yo las consideraré mas bien como sinagogas de Satán que como santuarios del Omnipotente.”

“Dichosa la causa á cuyas razones sirve de puntal una elocuencia tan fervorosa! Luego que el general Gage dió principio á las hostilidades, desgraciadas para las armas inglesas, un nuevo congreso en Filadelfia proclamó la federacion de las trece provincias que se aliaban entre sí para no abandonarse ni en prosperidades ni en desdichas; creó un papel moneda, y puso en pié un ejército bajo el mando de Jorge Washington. Este, plantador opulento de la Virginia (1722—1799), que habia logrado en sus verdes años mas bien fama por su discrecion que por su fortuna, peleando contra los franceses en el Canadá, no figura de todo punto en la historia como un héroe. No tenia nada de esclarecido; no se habia distinguido al empezar su carrera; no estaba dotado de una fuerte elocuencia, no consiguió esplendorosas victorias, pero su juicio era sólido y profundos sus conocimientos acerca de los hombres y de las cosas. Tenia ademas un carácter paciente para aguardar y sobrellevar con calma los ataques de aquellos individuos, que en sus exageraciones infaman los actos de los que están animados de sentimientos verdaderamente patrióticos. Habiendo sido nombrado generalísimo por nueve años, no alcanzó el triunfo en ninguna de las grandes batallas, que se recomiendan por sí mismas á la inmortalidad, al paso que otros salieron victoriosos en los hechos decisivos; pero Washington tuvo la gloria de crear un gobierno que ofrecia tantas dificultades para unir los intereses y sentimientos comunes contra los discordes.

V. “Los habitantes de estas colonias poseen el derecho de disfrutar de la ley común de Inglaterra, y principalmente del alto é inapreciable privilegio de ser juzgados por sus iguales y vecinos, segun lo dispuesto por la ley referida.”

VI. “Poseen tambien el derecho de disfrutar el beneficio de los estatutos ingleses vigentes en la época de su emigracion, y que la esperiencia ha dado á conocer que pueden aplicarse á sus diversas circunstancias locales y de otro género.”

VII. “Estas colonias de S. M. poseen igualmente el derecho de gozar todos los privilegios é inmunidades, cuya concesion lograron por reales cédulas, y que les fueron asegurados por los códigos de sus leyes provinciales.”

VIII. “Los ciudadanos de estas colonias poseen el derecho de juntarse pacíficamente, de fijar su atencion sobre los agravios recibidos y de dirigir sus peticiones al monarca, y por lo tanto, las causas formuladas y prisiones ejecutadas para interrumpir el ejercicio del derecho indicado son ilegales.”

IX. “Se opone tambien á las leyes la permanencia en tiempos de paz de tropas en el territorio de estas colonias, sin que el cuerpo legislativo de la provincia haya prestado su consentimiento.”

X. “Es circunstancia indispensable en todo buen gobierno, y esencial en la constitucion de Inglaterra, que las diversas partes que constituyen el poder legislativo, no tengan ninguna dependencia entre sí; por lo cual el haber confiado en varias colonias el ejercicio del poder mencionado á un consejo elegido por el rey, y cuya duracion depende tan solo de su voluntad, es contra la constitucion, acarrea peligros y es subversivo á la libertad de la legislacion americana.”

Formó una milicia de veinte mil hombres,

que juntó de los diversos Estados, y que se diferenciaban por sus costumbres y por su disciplina: en algunos regimientos, el nombramiento de los oficiales se hacia por los soldados, y á pesar de que muy á menudo la subordinacion se encontraba en la precision de ceder el puesto al deseo de libertad, y no obstante que todos los voluntarios se habian obligado á servir tan solo por un año, Washington sujetó á órden y disciplina estas tropas y bloqueó á Boston, punto á que se habian dirigido nuevos refuerzos para el gobernador Gage con el mandato de poner en juego todos los medios de rigor. Se combatió en torno de la ciudad por las dos partes, ya con próspera ya con adversa fortuna, multiplicándose entre los puestos avanzados aquellos combates, los cuales, [como manifestó despues Lafayette al gran capitán, que ciñó sus sienes de laureles en Arcole y Marengo] contribuyeron lo bastante á decidir de los destinos del universo [1].

El congreso, á pesar de que no estaba plenamente autorizado para decretar, porque los miembros que lo componian no tenian mas carácter que el de delegados de las diversas colonias, y sus decisiones debian ratificarse por cada una de ellas, no dejaba de disponer activa y moderadamente lo que se necesitaba para la guerra; prestaba su apoyo al crédito, y daba á luz manifiestos en su propia justificacion, y para que todo el mundo se enterase de la causa que habia promovido aquellos sucesos. Dió tambien nueva forma á los gobiernos en las colonias; espidió patentes de corso para perseguir á las naves inglesas, y resolvió la ocupacion del Canadá, que se habia negado á hermanar sus intereses con los de las colonias. Un reducido número de gente sitió confusa y desordenadamente á Quebec, pero el sitio tuvo que levantarse luego que llegaron nuevas tropas inglesas.

El gobierno de la metrópoli, decidido á intentarlo todo para concluir la guerra, ajustó un infame mercado de hombres con los pequeños príncipes del imperio alemán, obligándose á satisfacerles treinta thalers por cabeza y otros treinta por cada individuo que fuese muerto ó tres lisiados. Esto puede definirse real y verdaderamente por un

[Nota del traductor.]

asesinato perpetrado por aquellos principillos codiciosos de dinero contra sus súbditos; pues, ni intereses de alianza, ni amor á la causa común los habian inducido á cerrar aquel trato.

Con procedimientos tan abominables se llegó á formar un ejército de tierra de cincuenta y cinco mil hombres; pero semejante conducta, llena de iniquidades, estimuló á los dudosos á abrazar el partido de las colonias, y precisó al gobierno americano á divorciar de hecho sus intereses de los de la madre patria, declarando independientes las colonias para que pudiesen en fuerza de su nuevo carácter solicitar auxilios del extranjero, y obrar mas resueltamente.

La prosperidad que habian tenido las armas de Washington habia inclinado ya los ánimos á esta medida, y luego escitó aun mas las opiniones acaloradas un opúsculo de Tomás Payne, intitulado el *Sentido común*. En esta obra el autor descubria las ventajas de la independencia y atacaba con las armas del ridículo su anterior condicion. Significóse á las colonias que cada una por sí podia constituirse en aquella forma de gobierno que le pareciese mas conforme con sus necesidades, y todas empezaron á prepararse á ello; pero prevaleció en aquellos países sin clases privilegiadas, de costumbres muy sencillas y de medianas fortuna, el gobierno popular. El sistema representativo, que universalmente estaba adoptado fué sujetado á todas las modificaciones que requerian las circunstancias especiales; y el poder legislativo fué repartido entre la cámara de los representantes, que debia proponer las leyes, y el senado, á quien incumbia sancionarlas; se estableció hacer la eleccion por el método directo; la autoridad judicial continuó ejerciendo sus actos separadamente; se declaró que todas las religiones serian igualmente protegidas, y que los ministros del culto no podian ocupar destinos. Se habia establecido, en realidad, la independencia de las colonias, antes de que el congreso aceptando la propuesta de Enrique Lee (1776), las declarase independientes y libres [1].

(1) “Tenemos como verdad evidente, que todos los individuos de la raza humana fueron creados iguales y con derechos que no pueden enajenar, entre los cuales se deben comprender, la vida, la libertad y los medios de proporcionarse la felicidad. Para asegurar á los hombres sus derechos se establecieron los gobiernos, la legitimidad de cuyo poder no tiene mas origen que el consentimiento de los súbditos. Tenemos por cierto, que siempre que una forma gubernativa esté en oposicion con los fines mencionados, compete al pueblo reformarla ó anularla y establecer otra nueva basada en los buenos principios, arreglándola de la manera que reputa mas á propósito para su felicidad y seguridad. La prudencia manda no mudar el órden de un gobierno constituido desde mucho tiempo por mo-

que juntó de los diversos Estados, y que se diferenciaban por sus costumbres y por su disciplina: en algunos regimientos, el nombramiento de los oficiales se hacia por los soldados, y á pesar de que muy á menudo la subordinacion se encontraba en la precision de ceder el puesto al deseo de libertad, y no obstante que todos los voluntarios se habian obligado á servir tan solo por un año, Washington sujetó á órden y disciplina estas tropas y bloqueó á Boston, punto á que se habian dirigido nuevos refuerzos para el gobernador Gage con el mandato de poner en juego todos los medios de rigor. Se combatió en torno de la ciudad por las dos partes, ya con próspera ya con adversa fortuna, multiplicándose entre los puestos avanzados aquellos combates, los cuales, [como manifestó despues Lafayette al gran capitán, que ciñó sus sienes de laureles en Arcole y Marengo] contribuyeron lo bastante á decidir de los destinos del universo [1].

El congreso, á pesar de que no estaba plenamente autorizado para decretar, porque los miembros que lo componian no tenian mas carácter que el de delegados de las diversas colonias, y sus decisiones debian ratificarse por cada una de ellas, no dejaba de disponer activa y moderadamente lo que se necesitaba para la guerra; prestaba su apoyo al crédito, y daba á luz manifiestos en su propia justificacion, y para que todo el mundo se enterase de la causa que habia promovido aquellos sucesos. Dió tambien nueva forma á los gobiernos en las colonias; espidió patentes de corso para perseguir á las naves inglesas, y resolvió la ocupacion del Canadá, que se habia negado á hermanar sus intereses con los de las colonias. Un reducido número de gente sitió confusa y desordenadamente á Quebec, pero el sitio tuvo que levantarse luego que llegaron nuevas tropas inglesas.

El gobierno de la metrópoli, decidido á intentarlo todo para concluir la guerra, ajustó un infame mercado de hombres con los pequeños príncipes del imperio alemán, obligándose á satisfacerles treinta thalers por cabeza y otros treinta por cada individuo que fuese muerto ó tres lisiados. Esto puede definirse real y verdaderamente por un

(1) Esta sentencia de Lafayette es oscura é inexacta; es oscura, porque no esplica bien su idea que alude al influjo que ejerció la independencia americana sobre la revolucion francesa de 1789, que cambió la constitucion política de casi toda Europa: es inexacta, porque la independencia de los anglo-americanos no podia influir por sí sola sobre Francia hasta el punto, como Lafayette quiere darnos á entender en su epifonema sibilino, de preparar terminantemente los ánimos de los franceses á una revolucion como la que estalló en 1789: lo cual es tanto mas cierto cuanto que son muy conocidas las causas principales que la motivaron.

Los Estados Unidos de la América Septentrional, (fué este el nombre que tomaron las

colonias) conservaron cada uno [1] su propia constitucion y el derecho de variarla, dejando al congreso la facultad de dirigir los asuntos políticos, de componer las diferencias entre los Estados, de señalar las contribuciones, de contratar empréstitos, de fijar las fuerzas terrestres y marítimas.

Se había desvanecido toda esperanza de encontrar medios de arreglo, y era menester hacer frente sin ejército, sin tesoro y sin aliados á una nacion ejercitada en el arte de la guerra y muy temible. Es de escásimo interes describir todas las vicisitudes de aquella guerra, por lo que nos contentaremos con manifestar, que Washington tuvo bastante talento para inspirar confianza á sus compatriotas y oponerse á los esfuerzos de Inglaterra, á pesar de las contradicciones de sus émulos, y de los recelos que son consecuencia de una libertad naciente. El congreso, sacando fuerza de los mismos peligros que le rodeaban, revistió á Washington de un carácter dictatorial, tomó empréstitos, y venciendo los rencores de la nacion pensó en proporcionarse la alianza francesa. Franklin y Arturo Lee, que fueron enviados para negociarla, hallaron á Europa y con especialidad á los franceses, entusiasmados con las virtudes ingenuas de un pueblo enteramente nuevo, pero celoso de sus derechos, y que con masas improvisadas hacia frente á una nacion que aterraba á Europa. Los amantes del clasicismo parangonaban á los americanos con los Fabios y los Curios; los filántropos veían en la *carta* de la independencia americana, un cartel de desafío contra los gobiernos, y en su triunfo la probabilidad de llevar á cabo la realizacion de algunas esperanzas: aquella guerra hacia latir el corazon en todos los pechos nobles, porque era la sola que, entre debates políticos y luchas dinásticas del siglo, hallaba eco en las ideas que cada dia tomaban mas incremento. Franklin, ya preclaro por descubrimientos en las ciencias físicas, fijaba tambien la atencion general por la mucha sencillez de sus modales y traje; los filósofos que dirigian la opinion pública y dispensaban la gloria, lo tenían por uno de sus adeptos, y divulgaban su fama, y él muy diestro en ocultar su habilidad bajo el velo de una honradez llena de ingenuidad, hallaba materia de mofa en sus exageraciones (2), de las cuales, sin embargo, sabia sacar buen partido para su causa.

“En esta circunstancia no hemos echado en olvido dirigir nuestras reclamaciones á nuestros hermanos los ingleses, enterándolos de los atentados de su cuerpo legislativo para ejercer sobre nosotros una autoridad desprovista de todo carácter de legitimidad; les hemos traído á la memoria las circunstancias que acompañaron á la emigracion y á nuestro establecimiento en estas regiones, no dejando de apelar á su natural justicia y magnanimidad, y suplicándoles por los lazos del lenguaje comun que nos une, que negasen su aprobacion á usurpaciones que llegarían indudablemente á cortar nuestras relaciones; pero ellos tambien se han desentendido de la voz de la justicia y del parentesco. Así es, que nos encontramos en la precision de separarnos de ellos, y de mirarlos como á los demas individuos del género humano, á saber, como amigos en la paz y como enemigos en la guerra.”

“Nosotros, representantes de los Estados Unidos de América en este congreso general, invocando en testimonio de nuestras rectas intenciones al Supremo Juez del orbe entero, en nombre y por la autoridad, que nos ha concedido el pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos con plena solemnidad: que estas colonias son, y tienen derecho para ser estados libres é independientes, y no sujetos á vasallaje de ninguna especie con respecto á la monarquía inglesa; que toda relacion gubernativa entre estas colonias y la Gran Bretaña es, y debe ser, completamente anulada; y que en su calidad de estados libres é independientes poseen el pleno derecho para hacer la guerra y la paz, contraer alianzas, entablar relaciones comerciales y ejecutar todo aquello que pueda convenir á estados independientes. Y para que esta declaracion tenga entera vali-

dez, confiando con ánimo firme en la Divina Providencia, obligamos mutuamente nuestro honor, nuestros bienes y nuestras vidas.”

[1] Las trece provincias eran: Nueva-Hampshire, Massachussets, Rhodeisland, Connecticut, Nueva-York, Nuevo-Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, las dos Carolinas y Georgia.

[2] Mientras que reinaba en Paris un grande entusiasmo por Franklin; mientras que los filósofos, los principes reales, los allegados á la

Francia anhelaba borrar la mancha deshonrosa que había echado sobre sí en la guerra de siete años; los filósofos la incitaban á que tomase á su cargo el papel de iniciadora, prestando su apoyo á principios generosos; todos miraban con visos de alegría la humillacion de la rival Inglaterra. Pero

la hacienda francesa se encontraba en graves apuros, y no convenia á los intereses de un monarca dar pábulo á la rebelion. Por lo demas, Turgot, no dejando de demostrar la inconveniencia de prestar auxilio á las colonias, sentaba como cierto que Inglaterra para sujetarlas se encontraría en la nece-

crates y Helvecio, me dijo la persona con quien hablaba.—¡Oh! contesté entonces, los aprecio á los dos en gran manera, pero hacedme el obsequio de dejarme ver primero á Helvecio, porque comprendo medianamente el francés y no sé nada de griego.—Este me recibió muy cortesantemente, y me dijo que ya me conocia hacia algun tiempo por lo que le habían dicho acerca de mi carácter. Me preguntó despues mil cosas sobre la guerra, sobre el estado de la religion, sobre la libertad y sobre el gobierno de Francia.—Pero ¿no me preguntais nada, le dije yo, sobre vuestra buena amiga madama Helvecio? y sin embargo, ella os quiere aún estremadamente, y no hace mas de una hora que yo estuve en su compañía.—¡Ah! me dijo él, ¿vos me haceis recordar mi antigua felicidad; pero aquí es menester olvidarlo todo para ser dichoso! Despues de mi primera llegada no pensé mas que en ella por el trascurso de algunos años, pero al fin hallé un alivio á mis pesares, desposándome con otra mujer, que es la única que yo podía encontrar tan parecida á mi antigua amiga. Ella, á decir verdad, no es tan hermosa como madama Helvecio, pero no tiene menos sutileza de ingenio y viveza de espíritu que aquella, y me ama sin limites; no tiene mas empeño que el de complacerme en todo. Ahora no está en casa, porque ha ido á buscar el néctar y la ambrosia mas exquisitos para regalármelos: quedaos aquí y la vereis.—Conozco ya, le dije, que vuestra primera esposa es mas fiel que lo que vos sois, porque ella no ha tenido reparo en rehusar muy buenos partidos que se le han presentado. Puedo aseguraros que yo la he amado con delirio, pero ella, cada vez mas constante en su resolucion, no ha querido aceptar mi mano porque os conserva aún un estremado cariño.—Siento mucho, me dijo él, vuestra desdicha, porque madama Helvecio es indudablemente una persona muy apreciable y de muy buena índole.... Mientras estábamos hablando, hé aquí que llega la nueva madama Helvecio; yo la reconocí al instante, porque era aquella madama Franklin, que había sido mi esposa en América. Entonces la reclamé, y ésta me contestó friamente: He sido vuestra compañera por cuarenta y nueve años y cuatro meses, que son casi medio siglo; contentaos con esto: ahora he contraído un nuevo enlace, que durará eternamente.—Abochornado de esta negativa de mi Eurydice, tomé acto continuo la resolucion de abandonar aquella dos sombras ingratas y regresar á este mundo para volver á disfrutar del sol y de vuestra presencia. Héme aquí, venguémos.”

Se ha hablado mucho de Franklin, de la sencillez de sus costumbres, de sus elevados talentos, de su patriotismo, y nadie ignora el verso siguiente que escribió Turgot, reuniendo en pocas palabras los mayores elogios que podia merecer aquel héroe americano:

“Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis.”

Por lo que, lejos de repetir los hechos que otros nos han dejado consignados sobre el particular, nos limitaremos á referir en esta nota una anecdota poco conocida acerca de Franklin, la cual hemos entresacado de la vida de este preclaro varon, escrita por Mr. Mignet.

Franklin, en la época de su residencia en Paris, á pesar de que se burlaba de la ligereza de los parisienses y de la coquetería francesa, no pudo evitar los lazos del amor, y prendado en gran manera de la hermosura, de las dotes del ingenio y de los modales muy finos de madama Helvecio, viuda del filósofo del mismo nombre, la brindó con su mano de esposo; pero aquella, que conservaba un cariñoso recuerdo de su antiguo marido, y que por lo demas se había negado á enlazarse con Turgot, no accedió á los deseos de Franklin, el cual, lejos de alterar los sentimientos de cariño que alimentaba hácia aquella mujer, admiró la delicadeza de sus afectos, y para darle un nuevo testimonio de amistad, le escribió la carta siguiente, que puede de finirse una obra maestra de refinada galantería.

“Pesaroso de la resolucion que anoche pronunciásteis tan terminantemente, diciéndome que queréis guardar vuestra viudez durante lo que os queda de vida, para honrar las cenizas de vuestro querido esposo, luego que me retiré á casa me acosté en mi lecho, cuando me pareció haberme trasladado á los campos Eliseos abandonando este despojo mortal.

“Apenas llegado, se me preguntó si deseaba ver algunos personajes de los que estaban en aquel nuevo mundo.—Conducidme, dije entonces, al pareje donde están los filósofos.—Hay dos, se me contestó, residen en un jardin aquí cerca, entrambos muy amigos y que no se separan nunca.—¿Quiénes son estos, repetí yo?—Só-

la hacienda francesa se encontraba en graves apuros, y no convenia á los intereses de un monarca dar pábulo á la rebelion. Por lo demas, Turgot, no dejando de demostrar la inconveniencia de prestar auxilio á las colonias, sentaba como cierto que Inglaterra para sujetarlas se encontraría en la nece-

crates y Helvecio, me dijo la persona con quien hablaba.—¡Oh! contesté entonces, los aprecio á los dos en gran manera, pero hacedme el obsequio de dejarme ver primero á Helvecio, porque comprendo medianamente el francés y no sé nada de griego.—Este me recibió muy cortesantemente, y me dijo que ya me conocia hacia algun tiempo por lo que le habían dicho acerca de mi carácter. Me preguntó despues mil cosas sobre la guerra, sobre el estado de la religion, sobre la libertad y sobre el gobierno de Francia.—Pero ¿no me preguntais nada, le dije yo, sobre vuestra buena amiga madama Helvecio? y sin embargo, ella os quiere aún estremadamente, y no hace mas de una hora que yo estuve en su compañía.—¡Ah! me dijo él, ¿vos me haceis recordar mi antigua felicidad; pero aquí es menester olvidarlo todo para ser dichoso! Despues de mi primera llegada no pensé mas que en ella por el trascurso de algunos años, pero al fin hallé un alivio á mis pesares, desposándome con otra mujer, que es la única que yo podía encontrar tan parecida á mi antigua amiga. Ella, á decir verdad, no es tan hermosa como madama Helvecio, pero no tiene menos sutileza de ingenio y viveza de espíritu que aquella, y me ama sin limites; no tiene mas empeño que el de complacerme en todo. Ahora no está en casa, porque ha ido á buscar el néctar y la ambrosia mas exquisitos para regalármelos: quedaos aquí y la vereis.—Conozco ya, le dije, que vuestra primera esposa es mas fiel que lo que vos sois, porque ella no ha tenido reparo en rehusar muy buenos partidos que se le han presentado. Puedo aseguraros que yo la he amado con delirio, pero ella, cada vez mas constante en su resolucion, no ha querido aceptar mi mano porque os conserva aún un estremado cariño.—Siento mucho, me dijo él, vuestra desdicha, porque madama Helvecio es indudablemente una persona muy apreciable y de muy buena índole.... Mientras estábamos hablando, hé aquí que llega la nueva madama Helvecio; yo la reconocí al instante, porque era aquella madama Franklin, que había sido mi esposa en América. Entonces la reclamé, y ésta me contestó friamente: He sido vuestra compañera por cuarenta y nueve años y cuatro meses, que son casi medio siglo; contentaos con esto: ahora he contraído un nuevo enlace, que durará eternamente.—Abochornado de esta negativa de mi Eurydice, tomé acto continuo la resolucion de abandonar aquella dos sombras ingratas y regresar á este mundo para volver á disfrutar del sol y de vuestra presencia. Héme aquí, venguémos.”

Pero Franklin dentro de poco se vió obligado á dejar á Paris, á madama Helvecio y á Francia, en donde tenia un crecido número de admiradores.

(Nota del traductor.)

sidad de apurar todos sus recursos, y que por lo demás llegaría pronto el tiempo en que las metrópolis se viesan en el duro trance de abandonar sus dominios en lejanos países, contentándose con las ventajas que pudieran redundarles con el establecimiento de relaciones comerciales y amistosas. Pero el gabinete de Versalles, á pesar de lo dicho, observaba una conducta vacilante entre dos extremos opuestos: y mientras que declaraba cerrados los puertos franceses á los corsarios americanos y á sus presas, les permitía entrar en ellos; no reconocía á los embajadores como diplomáticos de otra potencia, pero los recibía en audiencia particular, y permitía se mandasen á América armas y víveres. Pero el gabinete de Versalles, despues de la derrota de Burgoyne, se vió obligado á declararse definitivamente, porque los enviados de las antiguas colonias le amenazaban diciéndole, que se unirían á Inglaterra contra Francia, entablando nuevos tratados con aquella potencia. No quedaba á Francia mas remedio que el de aceptar una guerra gloriosa si quería evitar otra perjudicial por todos estilos; no queriendo, sin embargo, reconocer solemnemente la independencia americana, y romper las hostilidades contra la Gran Bretaña, uniéndose con sus antiguos colonos (1778), fingió un tratado de comercio, el cual real y verdaderamente no era sino una alianza. En efecto, no se ofrecían en esta ocasion ventajas de ninguna especie á Francia, y ésta anticipó la cantidad de diez y ocho millones de francos sin intereses hasta la conclusion de la paz, y salió tambien garante de un empréstito que los americanos habian contratado en Holanda. Pero, de cualquier modo, se reputaba negocio de mucha trascendencia para la Europa entera aquel nuevo modo de legitimar la insurrección.

Algunos voluntarios de Francia se habian trasladado ya á las regiones del otro hemisferio bajo las órdenes del marques de Lafayette, que dejaba una vida regalada y una esposa en el Abril de sus años, de noble estirpe y muy virtuosa, por pelear contra aquellos derechos aristocráticos que habian rodeado su cuna. En aquella circunstancia habian salido tambien para América algunos polacos, á fin de derramar su sangre en favor de la causa de la libertad, que habian visto perecer en su patria; y aquellos jóvenes valerosos que apoyaban la causa de los anglo-americanos, mas bien con la fuerza de la opinion que con la de su brazo, la hacian aplaudir en toda Europa. Y últimamente, Luis XVI envió abiertamente tropas bajo el mando del conde de Estaing, el cual partió para América con una escuadra, que junta con la de España (1) tenia sesenta y seis na-

(1) España en la época de que hablamos estaba en abierta enemistad con Inglaterra. Los viajes de Behring y de Cook le habian puesto de manifiesto la importancia del país de Nutka,

víos de línea, la mas temible que habia amagado á Inglaterra. Estaban tambien preparados sesenta mil hombres en Bretaña y Normandía, prontos á verificar una invasion, pasando de aquellas costas á las de la Gran Bretaña, y finalmente, los trastornos de Irlanda tenian en alarma al gobierno inglés por la seguridad interior del país. La guerra de las escuadras enemigas fué muy encarnizada, y en América su éxito fué muy dichoso para los insurreccionados (1781), que tuvieron la fortuna de hacer prisionero el ejército británico. Este gran acontecimiento perdió al ministerio North, y la nacion inglesa se mostró fatigada de una guerra, cuyas victorias podian calificarse de pérdidas, y cuyos sacrificios causaban su ruina; por lo cual el parlamento no tardó en reconocer la independencia de los anglo-americanos. Los preliminares del tratado de paz se establecieron en Paris (3 de Setiembre de 1783), y los nuevos republicanos consiguieron aun mas de lo que formaba el objeto de sus esperanzas, porque Inglaterra, no pudiendo ya tener sujetas las colonias, comprendió que convenia á sus intereses otorgarlas mas concesiones de las que España y Francia podieran pretender. Reconoció, pues, los trece Estados Unidos como país libre y soberano, estipulando en el tratado, que el Mississipi y la pesca de Terranova fuesen igualmente libres para una y otra nacion. Las fronteras que marcaban los límites, pertenecian á los pueblos independientes y desconocidos, así de los ingleses como de los anglo-americanos; por lo que no fueron bien determinados, y repetidas veces estuvieron para despertar nuevamente el fuego de la guerra; pero en el tratado de 9 de Agosto de 1842 se ventiló definitivamente la cuestion.

Francia firmó tambien un tratado de paz, mediante el cual tuvieron ensanche sus de-

que se compone de una cadena de montes ó florestas impracticables en la América Polar, á escepcion de una faja de tierra contigua al mar, cubierta de yerba verde, con un sinnúmero de golfos y puertos y con una temperatura tan benigna para aquella grande latitud, que se reproducen en aquel paraje las plantas trasladadas de Europa. Los españoles se habian establecido desde el año 1777 en el puerto de San Lorenzo para hacer la pesca de las ballenas y otros cetáceos que en aquel punto son muy abundantes. El tráfico que verificaban de cueros y pieles, atrajo naves inglesas, rusas y francesas al puerto de Nutka, y éste se consideró en breve como el mercado mas importante de la costa Noroeste de América. Los españoles recelosos hicieron edificar un fuerte en aquella parte de América y apresaron una nave inglesa, que llegaba para edificar otro fuerte; pero Inglaterra, poniendo en juego armas y discursos, logró reparacion de los pretendidos ultrajes, libertad de navegar, y el derecho de pesca en el mar Pacifico y en aquellas costas, y plantó su pendon sobre el fuerte español derribado.

rechos á la pesca de Terranova; adquirió la posesion completa de las islas de San Pedro y Miquelon, y conservó á Tabago, devolviéndole la Granada y las Granadinas, San Vicente, la Dominica, San Cristóbal y Monserrat; recuperó aumentadas sus posesiones en la India, y en Africa el Senegal y la isla de Gorea; y se abolieron las restricciones señaladas al puerto de Dunquerque. Inglaterra abandonó en favor de España todas sus pretensiones sobre Menorca y las dos Floridas, devolviéndole las islas de Bahama y Providencia, y concediéndole la facultad de cortar maderas para tintorería en la bahía de Honduras. La Holanda se halló en la precision de ceder á Inglaterra Negapatam, y el derecho de libre navegacion en los mares de la India.

La Gran Bretaña, que á la sazón se encontraba sin aliados, acosada por una guerra interior, con enemigos muy fuertes y con parlamentos en que se habia encendido la tea de la discordia, pudo tenerse por muy dichosa de haber salido de tantas complicaciones sin menoscabar su honor. Las oscilaciones, que se habian manifestado al principio de las desavenencias con los anglo-americanos, los hechos atroces que habian tenido lugar durante la guerra, la venganza, que habia hecho el papel de consejera, no hacian concebir esperanzas para la buena conclusion de una lucha, que produjo á los ingleses la pérdida de tres millones de súbditos, un millon de millas cuadradas de territorio, cien mil soldados y un aumento en la deuda pública de cien millones de libras esterlinas. No obstante lo dicho, su descalabro no fué tan cuantioso como podia temerse, porque su comercio interrumpido tomó en breve mas vigor, é hizo lo posible para sacar mayor provecho de los terrenos incultos, y de lo que economizaba sobre las considerables cantidades que desde la paz de Aquisgram se habia visto obligada á gastar para tener las colonias en estado de defensa. Francia se habia ilusionado con la esperanza de arruinar el comercio y el poder de la Gran Bretaña; pero aunque llegó á lograr el intento de que Inglaterra reconociese la independencia de sus colonias, no pudo sacar utilidad ninguna para sí propia, y autorizó un hecho que dentro de poco fué imitado en su perjuicio. Mientras se fallaba en Europa sobre la suerte de los Estados Unidos, reinaba en éstos una gran fermentacion, y Washington estaba destinado á experimentar aquellas amarguras y contradicciones que siempre acompañan al que se dedica á servir á su patria. Este varon ilustre, despues de haber apaciguado á los sediciosos y rechazado á los enemigos, dimitió su generalato, no habiendo tenido por norte la ambicion, sino un puro celo de libertad y amor á la patria. Fatigado de aquella especie de cansancio que suele experimentar-se en el manejo de los negocios públicos, despues de haber tenido gran parte en vici-

situdes republicanas, se retiró á su quinta de Mountyernon para disfrutar de una tranquilidad mas honorífica que el solio de Bonaparte.

Washington, aunque no puede calificarse de héroe, segun la forma antigua, es acreedor al título de hombre de bien. Dominado por la idea de su deber, lo cumplió sin ninguna especie de pretensiones; fuerte en sus convicciones, y bastante franco para obrar segun le dictaba su conciencia, no le arredraron las dificultades ni le faltó jamas la confianza en la Providencia; dotado de mas fuerza que sus mismas pasiones y que las ajenas, siguió constantemente una línea de conducta siempre sencilla y moderada; con su carácter modesto y paciente no ambicionó gobernar á los hombres ni ofrecerse en espectáculo para que lo admiraran, y no puso ninguna distincion entre trabajar en sus posesiones y dirigir los destinos de América. Habiéndole costado nueve años de lucha echar los cimientos de la independencia americana, gastó otros diez para establecer su forma de gobierno, y en el transcurso de tantos años no lo abandonaron la confianza en su causa ni la probidad y el desinteres.

LUIS XVI.—TURGOT.—NECKER.

Mientras amargaban los corazones las calamidades escandalosas del reinado de Luis XV, que parecia reunir en sí la abyecta dissolution y el grande egoismo del siglo, todas las miradas se dirigieron con ternura hácia el delfin. Pasaban de boca en boca con un afecto que tal vez podia calificarse de sátira, algunos de sus dichos y varias de sus sentencias; referíase que despues de haber pasado el rato un dia en formar diseños de jardines y palacios suntuosos, prestando el oído á los repetidos elogios con que le regalaban los cortesanos, exclamó: "Su mérito real y verdadero, lo forma la seguridad de que no se costarán un sueldo al pueblo, porque no se llevarán nunca á cabo." Dijo al embajador de España en cierta circunstancia: "Un príncipe podria satisfacer gustosamente los placeres de la mesa, siempre que tuviese la certeza de que en aquel mismo dia ninguno de sus súbditos se encontraba en la necesidad de acostarse sin haber cenado." Habiendo su padre pensado una vez en aumentarle su dotacion, dicen que contestó: "Me agradaría mas que eso se rebajase de los impuestos públicos." Y no habiendo querido mientras cazaba atravesar un sembrado, al oír á los campesinos que le prodigaban elogios por aquel hecho, se asegura que exclamó: "Estos se manifiestan tambien agradecidos cuando nos abstenemos de ocasionarles algun mal." Cuando se verificó el nacimiento de su hijo, habiendo la ciudad de Paris determinado gastar la cantidad de seiscientos mil francos en unos fuegos artificiales, el delfin propuso que se destinasen mas bien á constituir dotes á seiscientas doncellas. Los ar-

rendadores y recaudadores generales con sus donativos hicieron que aquella cantidad ascendiese á mayor suma, y en un solo día se celebraron setecientos setenta y seis matrimonios, además de los que se verificaron por los donativos de otros príncipes y señores que quisieron imitar el ejemplo de la corte.

El delfín era un tipo de aquella filantropía de que á la sazón se hacía gala, pero acrisolada por la religión, que se seguía cada día menos; por lo cual se esperaba que se verificase, mediante el delfín, una conciliación entre los creyentes y los filósofos, cuyos resultados no podían producir sino una era de felicidad, de buena moral, de economía y de religión. Pero este príncipe falleció (1765), no teniendo más que treinta y seis años de edad, y dejó tres hijos, á saber: el mayor, con el título de delfín, el conde de Provenza y el conde de Artois, que más tarde fueron Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X.

El primogénito había recibido una educación llena de sentimientos de piedad, pero en términos que le había dado cierto carácter de timidez, separándole desde un principio del trato de los hombres y de los negocios; lo que había llenado completamente los deseos de la de Barry. Sus estudios no tuvieron bastante fuerza para dar vigor á su alma, y eran objeto de su ocupación algunos trabajos de albañilería y cerrajería; trasladó al francés la vida de Carlos I, escrita por Hume, y habiendo conocido que aquel monarca por haberse puesto al frente de los caballeros había espirado en un cadalso, creyó que el medio más oportuno de amansar á los descontentos era el de otorgar concesiones. Habíase combinado entonces por la mediación de Kaunitz la alianza entre Francia y Austria. Es cierto que esta fué una obra maestra de aquel gran político; pero no puede negarse por otra parte que indispuso en gran manera los ánimos del pueblo francés, porque traía á la memoria su perenne rivalidad con los austriacos, y todas las vicisitudes políticas en que éstos habían talado la Francia, agobiado con cadenas á su monarca y conturbado la paz con la liga. *Cabron emisario* [1] de todos estos odios fué

[1] Hemos querido traducir literalmente esta frase de nuestro autor, no solo porque es muy elegante en el idioma italiano, sino también porque se enlaza con uno de los hechos más ruidosos de la historia moderna. Sabido es que los hebreos tenían en sus grandes ceremonias religiosas la maldición del *Cabron emisario*, la cual se verificaba del modo siguiente: el sumo sacerdote del pueblo de Dios, para purificar á la nación hebrea de todas sus culpas, las trasladaba á un *cabron* cargándolo de maldiciones, y expulsándolo en seguida de la ciudad, lo mandaba á los bosques. El *cabron* en quien se hacía esta ceremonia se llamaba *emisario*, porque se entendía que era el enviado para cargar con las culpas del pueblo entero. Así, es pues, que los italianos usan alegóricamente de esta misma es-

presión siempre que quieren dar á entender que se ha destinado á ser víctima de las culpas de una gran multitud ó de un pueblo entero á un solo individuo; por lo cual Cantú se sirve de la frase mencionada con respecto á María Antonieta, porque sirvió ésta de blanco al encono y á la ira del pueblo francés, que la culpó de todas las calamidades de la revolución de 1789.

(Nota del traductor.)

María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa, que se casó con Luis XVI. Cuando se celebraron sus bodas, en la confusión producida por una gran concurrencia de gente apiñada para disfrutar el espectáculo de unos fuegos artificiales, perecieron, según los cálculos más reducidos, trescientos individuos, y según los más alzados, mil doscientos: hecatombe que dió lugar á infaustos augurios. María Teresa había infundido en el corazón de la futura reina de Francia toda su altanería, por lo que los franceses no dejaban de repetir que latía en su pecho un corazón austriaco: con su carácter vivo y antojadizo impacientaba á las damas de honor, quebrantando á cada paso el rígido ceremonial de la corte. La Barry y sus interesados satélites palaciegos habían hecho blanco de sus befas á los dos esposos porque se amaban, y vaticinaban que aquel delfín gazmoño, de ademanes toscos y sin agudeza de ingenio ni animación en sus discursos, sería rígido y tiránico, porque sus costumbres no eran estragadas como las de todos los que componían su corte.

Cuando los dos esposos supieron el fallecimiento del abuelo por los cortesanos, que corrían bulliciosos, después de haber abandonado el ataúd de Luis XV, á inclinarse á las órdenes de su nuevo señor, y por la algarazara del pueblo, que daba gracias al Todopoderoso por haber tenido finalmente piedad de Francia, se arrodillaron exclamando: ¡oh, Señor, hemos llegado demasiado jóvenes á tomar las riendas del gobierno; oh, Señor, escudad, nuestra inesperienza con vuestra protección!

¡Sentimiento indeterminado, pero verdadero de la propia insuficiencia en posición tan escabrosa! Sin embargo, la aurora de su reinado le desplegó un horizonte risueño. La juventud, apiñada alrededor de los jóvenes monarcas, repleta de los largos bacanales y de tantas impiedades, parecía que anhelaba regenerarse con ideas suaves y benévolas; los ateos y los materialistas perdieron la boga que les había dado la moda; y los adeptos de la escuela sentimental de Juan Jacobo Rousseau y de los filántropos, se colocaron en el asiento que habían ocupado la irreligión y el espíritu crítico; la disolución y la sonrisa sarcástica con que se atacaba la virtud no se ostentaron ya con pompa como era de costumbre: una sensibilidad exagerada reemplazó al silencioso galanteo; la infidelidad del lecho conyugal tuvo que buscar excusas y pretextos en las llamas de una gran

pasión, ó hubo de paliarse con amenazas de suicidio ó de sacrificios románticos; la lectura de Gessner, de Florian, de Delille y de Saint-Pierre se prefería á la de la *Doncella de Orleans* y del *Compadre Matco* (1); en lugar de infames orgías, se formaban asociaciones con objeto de aliviar la indigencia ó promover la emancipación de los negros; los peñados, que se habían despojado de su aire fastuoso, rebajándose sobremanera, se adornaban ahora de espigas, según requería la moda más reciente; dióse más gusto al arte de los jardines ingleses, hermoseándolos con adornos y retiros, que parecían muy propios para los bienaventurados; María Antonieta, edificó una cabaña, y contiguo á ella una especie de redil para el ganado; todos los discursos no tenían más tema que el *pobre pueblo* para quien se preparaban escuelas, comestibles, obras en que ocuparse y hospitales; y Luis hacía alarde de una flor de patata que adornaba su botonadura, mascarada sentimental en pos de la cual iba precipitadamente la cuaresma.

Entonces la Barry y Terray fueron espulsados de la corte con alegre satisfacción del pueblo; no hubo más correspondencia secreta; las cartas que existían sobre el particular fueron arrojadas al fuego, y Voltaire escribía: "Si Luis XVI sigue el mismo rumbo, será olvidado el reinado de Luis XV. Yo lo tengo demasiado en aprecio para creer que lleve á cabo todas las reformas con que se nos amenaza. Páreceme que la naturaleza le dotó de prudencia y firmeza, por lo que será un monarca grande y bueno. ¡Dichosos aquellos que contando tan solo veinte años de edad como él, puedan disfrutar por mucho tiempo de las dulzuras de su reinado! (2)" Cuando en 1774 dió la cartera de ministro de hacienda á Roberto Turgot, se creyó que había tomado asiento en el ministerio la misma filosofía, y los enciclopedistas tuvieron por cierto que se había descargado ya el golpe de gracia á aquella que apellidaban la infame (3) (la religión).

Luis, de carácter opacado y torpe, y tal vez algo tosco, á pesar de que era muy anheloso de prodigar el bien, no tenía bastante

[1] Esta novela, que mirada bajo un solo punto de vista es uno de los libros más impíos que haya salido de la pluma de un genio diabólico, no deja por otra parte de trazar un cuadro satírico muy acabado de los desvarios literarios y sociales, que proclamaron los filósofos franceses del siglo pasado.

(Nota del traductor.)

[2] Correspondencia á Mme. d'Épinay.
[3] Voltaire escribía á D'Alembert: "Si en vuestros sectarios hay gente de esta clase, contad como cierto que la infame será abatida por obra de esa buena sociedad." Y al rey de Prusia le escribía: "Los clérigos se hallan desesperados: este es el prólogo de una gran revolución: se hundirán los cimientos del vetusto edificio de la impotencia fundado hace 1775 años."

ingenio para proyectarlo, ni fuerza suficiente para quererlo. Su predecesor le había recomendado en su lecho de muerte, que considerase al Austria como á su enemiga natural; pero Luis no alteró su alianza con aquella potencia, y se portó de modo que no recogió ningún fruto de su política. Cada novedad le causaba asombro, porque no tenía bastante capacidad para comprenderla, ó porque se le presentaba con formas muy exageradas; y se mostró siempre inhábil en el manejo de los asuntos gubernativos, ó en mantenerse perseverante en una misma marcha, después de haber dado el primer impulso, ó en ponerse á tiempo al frente del movimiento. Hallábase, pues, en la precisión de confiarlo todo á un ministro. María Antonieta, que tenía sobre su esposo todo aquel predominio que las favoritas habían ejercido sobre el ánimo de sus predecesores, le proponía al elegante Choiseul, con quien ella en gran manera simpatizaba; pero Luis, que le tenía rencor, porque había sido enemigo de su padre, dió la preferencia al conde de Maurepas, viejo septuagenario. Este cortesano corrompido, que se distinguía por su frivolidad, que había vivido en el transcurso de veinticinco años retirado de los negocios, y que no había sabido desprenderse de las ideas anticuadas, apenas el monarca se oponía á sus dictámenes hacía su dimisión: tenía por irremediables algunos abusos; creía que el trono se apoyaba en cimientos muy sólidos, y que tenía lo bastante para sostenerse con sus propias fuerzas. Turgot, que hermanaba el celo de un neófito con la perseverancia de un magistrado íntegro, y con la convicción del limitado poder de los monarcas, tenía por seguro, poder desarraigar con facilidad abusos muy inveterados, y trasladar al gabinete los pensamientos más osados, que hasta entonces habían sido tan solo objeto de discusión para los filósofos, y que más adelante fueron propalados en la tribuna. Poniéndose de acuerdo con Cristiano Malesherbes, varón también de intenciones muy rectas, se aplicó con ahínco á introducir reformas en la hacienda y en la constitución civil. A pesar de que el escedente de los gastos sobre los ingresos era de veintidos millones de francos, sin calcular los quince destinados para el reembolso de una parte de la deuda redimible, Turgot dijo al monarca: *No habrá bancarota ni necesidad de aumentar las contribuciones, ó de contraer empréstitos; y por medio de ahorros se fueron pagando paulatinamente los intereses atrasados, y se aminoró el déficit.*

Los impuestos en los postreros años del reinado de Luis XV, subían á trescientos setenta y cinco millones de francos, cuyo peso era intolerable por su viciosa repartición. De las contribuciones directas, á saber, la capitation, el medio diezmo y la talla, se excluían las diezmos territoriales, las rentas feudales, los censos señoriales sobre los siervos y las rentas públicas; el clero, á pesar de que disfrutaba la quinta parte de la riqueza